

## LAS BIBLIAS COMPLETAS

### Un panorama histórico (Primera parte)

#### RESUMEN

Aunque hoy sea difícil de imaginar, la disponibilidad corriente de Biblias completas es un fenómeno histórico relativamente reciente. Las etapas en este proceso son tres: las grandes Biblias del siglo cuarto y principios del quinto; las “Pandectas” de Casiodoro en el siglo sexto y enseguida las Biblias irlandesas, las Biblias llamadas “atlánticas” de los siglos once y doce, y las Biblias parisienses y a fines de los siglos trece y catorce, hasta llegar a Gutenberg y a la abundancia actual. En este artículo, el autor quiere trazar una especie de gráfico, necesariamente esquemático debido a la abundancia de los datos existentes, de la disponibilidad de la Biblia completa, a partir de los primeros tiempos del cristianismo, para poder visibilizar cómo y por qué se dispuso o no se dispuso del volumen completo de la Sagrada Escritura, hoy de tan fácil y directo acceso.

*Palabras clave:* Biblia, “Biblias Completas”, Casiodoro, Gutenberg.

#### ABSTRACT

Although hard to imagine, current availability of complete Bibles is somewhat recent. There have been three historical steps: great Bibles of IV and the beginning of Vth centuries, Casiodorus' *Pandectae*, (VI) and Irish Bibles; “Atlantic” Bibles from XI and XII centuries, Paris Bibles (end of XIII and XIV), up to Gutenberg and present abundance. In this article, the Author intends to draw a scheme of the availability of a complete Bible, from the first Christian days on, in order to show how and why the whole Holy Scripture was available or not.

*Key Words:* Bible, complete Bibles, Casiodorus, Gutenberg.

Para nosotros, que convivimos con el Personal Computer y aún para nuestros antepasados, no tan remotos, que usaban la máquina de escribir y disfrutaban de los beneficios de la imprenta en sus diferentes formas, gracias ante todo a Johannes Gutenberg, adquirir y poseer una Biblia completa, con todos los libros canónicamente dispuestos, del Antiguo y del Nuevo Testamento, es y era una sencilla operación de compra. Se visita una librería o se escribe eventualmente una carta, y se tiene a disposición sin dificultad ninguna, una serie de posibles ediciones, en varios formatos, y si lo requerimos en diferentes lenguas, de la Sagrada Escritura, normalmente en un solo volumen, Antiguo y Nuevo Testamento. Es difícil imaginar que no ha sido siempre así, y que en realidad la disponibilidad corriente de Biblias completas es, todo considerado, un fenómeno histórico relativamente reciente.<sup>1</sup> Comienza, se puede decir, con el descubrimiento –por lo menos, en Occidente– de los tipos móviles; o sea, para nombrarlo una vez más, con Johannes Gutenberg y su Biblia de las 42 líneas, como se la llama. Sólo a partir de aquí la Biblia entera se convierte en un artículo de librería fácilmente accesible, más o menos como lo es hoy. Todavía en latín, si bien no exclusivamente. Y poco después, en las otras lenguas, primero occidentales, después de otras culturas.

Las etapas son sobre todo tres: la grandes Biblias del siglo cuarto y principios del quinto; las “Pandectas” de Casiodoro en el siglo sexto y en seguida las Biblias irlandesas, las Biblias llamadas “atlánticas” de los siglos once y doce, y las Biblias parisienses y afines de los siglos trece y catorce. Así, llegamos a Gutenberg y a la abundancia actual.

En lo que sigue querría trazar una especie de gráfico, necesariamente esquemático, de la disponibilidad de la Biblia completa, a partir de los

1. Lo notaba ya THEODORE S. SKEAT, en su artículo “The Codex Sinaiticus, The Codex Vaticanus and Constantine” *Journal of Theological Studies* 50, 583-624, 616. “Manuscripts of the entire Greek Bible are extremely rare at any period and the same applies to complete Latin Bibles-Pandects”: A lo cual, se puede añadir que las Biblias griegas completas son todavía más raras que las latinas en el período subsiguiente al que comienzo por estudiar en seguida. Según FRANCESCO D’AIUTO en su artículo “Il Libro dei Vangeli fra Bisanzio e Oriente. Riflessione per l’età mediobizantina” – “Forme e Modelli della Tradizione manoscritta della Bibbia” a cura di Paolo Cherubini, Scuola Vaticana di Paleografia, Diplomatica e Archivistica, Città del Vaticano, 2003, 309-345, 309, nota 2: “I manoscritti –bizantinos– contenenti la Bibbia nella sua interezza, organizzata in uno o più volumi, sono infatti relativamente rari...” y cita a continuación I. HUTTER, “Eine verspätete Bibel Handschrift”, *Paloeslavica* X/1 (2002) 168-69 notas 47-48– “con l’elenco degli altri otto casi sinora conosciuti di Bibbie bizantine in un solo tomo”. El primero es el que Hutter estudia en ese artículo: el códice ahora dividido entre París –Bibliothèque Nationale gr. 149– y el Monasterio “staurokineta” en el Monte Athos (29). A partir de la segunda parte de este ensayo, me limitaré por ese motivo, entre otros, a las Biblias completas de origen latino.

primeros tiempos del cristianismo, lo cual nos permitirá ver, espero, con sus altos y sus bajos, cuándo, cómo y por qué se dispuso o no se dispuso del volumen completo de la Sagrada Escritura, hoy de tan fácil y directo acceso. Y el gráfico, se podrá advertir, no representa una curva siempre ascendente, sino un trazado irregular, con cumbres y caídas, si bien, en última instancia, sin duda porque el Señor cuida de su Palabra, en beneficio de sus hijos, el resultado final alcanza una cima, de la cual ya, gracias a Él, esperamos no se descienda.

El trazado del gráfico no podrá ser sino rápido y –decíamos recién– esquemático, debido a la abundancia de los datos disponibles, y el presente autor no está seguro de haberlos recogido todos. Pero bastarían, parece, para justificar la afirmación con la cual se abre este artículo y para dar una idea del perfil de la curva, anticipado recién.

## 1. Las primeras Biblias completas

El título de esta primera sección es ya significativo. Hubo un momento en la historia de la copia y la difusión de la Palabra de Dios, cuando aparecen las Biblias completas, que no existían antes. Y aquí es preciso remitirse a la constancia de los manuscritos conservados, cuyo testimonio es innegable. Los libros que componen la Biblia, según este testimonio, se difunden desde que son compuestos, todos ellos, o sea, hacia el final del primer siglo después de Cristo, con algún decenio más para los escritos más tardíos.<sup>2</sup> Pero son copiados y difundidos separadamente o en colecciones parciales. Por cierto, como es sabido, los primeros textos del Nuevo Testamento conservados son fragmentarios. Para citar algunos, sin ninguna pretensión de ser exhaustivo: el papiro John Rylands<sup>3</sup> (52) de Manchester, el papiro del Magdalen College de Oxford,<sup>4</sup> con los fragmentos –aparentemente del mismo papiro– de París<sup>5</sup> y de Barcelona<sup>6</sup>

2. La carta de Judas, según algunos.

3. P. Ryl. III. 457 fragmentos de Jn 18. 31-33.37-38. La fecha asignada es generalmente: alrededor del 125 d.C. El testimonio hasta ahora más antiguo del Nuevo Testamento., quizás de origen egipcio.

4. Son tres fragmentos: P. MAGD. Gr. 17 64, en la lista usual): Mt 26, 7.10.14-15.22-23.31-33.

5. Bibliothèque Nazionale, Gr. 1120, suppl. 2°, 4, con Lc 1, 58-59, 62-2.16-7. 3,8-38. 4,2.29-32.34-35. 5, 3-8.30-38. 6, 1-16.

6. Fundación San Lucas Evangelista, P. BARC. 1, 67: Mt 3- 9-15. 5, 20-22. 25-28.

del siglo segundo al final o al principio mismo del tercero (44).<sup>7</sup> Y están todavía los otros fragmentos de Barcelona y de Viena, de muy debatida fecha e identificación. Si, como parece y los especialistas intentan probar, los fragmentos de Oxford y de Barcelona pertenecen al mismo códice, mientras el fragmento de Juan de Manchester sería uno distinto, tendríamos ya que los Evangelios fueron copiados sin duda individualmente, pero también ya en colecciones de dos o tres. Y también los cuatro, el Tetraevangelion. De estos varios tipos de copia, los papiros de la colección Bodmer nos brindan la prueba: el papiro XIV-XV –Lucas y Juan, P. 74-75– de la misma época, hoy en la Biblioteca Apostólica Vaticana, y el papiro de Juan –Bodmer II. P. 66– de la misma colección, mientras el Tetraevangelion lo encontramos en la Freer Gallery<sup>8</sup> de Washington. Pero estamos ya en el siglo cuarto o en el quinto. En cambio, el códice Chester Beatty II en Dublin– pero parte en Ann Arbor Michigan University– de las cartas de Pablo, fragmentario, pero ya con Rom., 1-2Cor, Ef, Gál, Fil, Col, 1-2Tes; e inesperadamente, después de Rom. Hebr., según los especialistas nos vuelve al siglo tercero al principio.<sup>9</sup> Así, el Nuevo Testamento fue copiado prácticamente desde que fue compuesto o concluido, en sus dos miembros más específicos –si se puede decir– los Evangelios y el conjunto de las cartas paulinas, además de ciertamente cada libro, aunque no consta de otros libros, por el momento, fuera de los mencionados. Y no hay que omitir la copia, que poseemos todavía, de un Tetraevangelium con los Hechos: el códice Chester Beatty I (45), de poco más reciente (c. 250).<sup>10</sup> Sin embargo, no nos ha sido conservado un Nuevo Testamento entero, y todo parece indicar que no lo hubo.

7. Para el fragmento de Oxford se puede ver su reciente publicación en el catálogo de la exposición de la Freer y Sackler Galleries de Washington: "In the Beginning". "Bibles before the Year 1000", Edited by MICHELLE BROWN, Smithsonian. Freer Gallery of Art and Arthur M. Sackler Gallery 2006, N. 11, 254-5, a firma de HYG –Harry Y. Gambler– con bibliografía anterior. He publicado una nota de crónica sobre esta exposición en "L'Osservatore Romano" 23, noviembre 2005, 3: "La Bibbia prima dell'anno Mille".

8 F1906.274 –MS III–, presentado en la misma exposición (n. 29).l.c. 269-70 siempre HYG con la bibliografía. Junto al códice estaba su cubierta, ilustrada con figuras de Apóstoles, arte copto, siglo séptimo; ib. N. 28 a firma de MFB –MICHELLE F. BROWN–, 268-269. En otra ocasión, he podido examinar el códice personalmente.

9. N. 13 de la misma exposición –256-257– a firma de HYG, con la correspondiente bibliografía. Publicado en facsímil ya en 1936, los fragmentos de Dublin y los de Ann Arbor, por Frederick G. Kenyon –London, Emery Walker Limited 1936–.

10. En la exposición mencionada N. 14 del catálogo, 257, a firma de CH –CHERLES HORTON–, y antes en la gran exposición de los Evangelios de la Biblioteca Apostólica Vaticana, el año 2000: Biblioteca Apostolica Vaticana, Edizioni Rinnovamento nell Spirito Santo, Città del Vaticano 21 giugno-10 dicembre 2000, n. 1 en la exposición, 119-121 –ficha firmada por Edoardo Crisci–. Publicado por FREDERICK G. KENYON en 1933-34.

Lo mismo cabe decir del Antiguo Testamento, sea en hebreo –y arameo– sea en griego. Disponemos de una infinidad de fragmentos del original en hebreo, sobre todo después de los descubrimientos y excavaciones en Khirbet Qumran, hoy en curso de publicación<sup>11</sup> y de la Geniza de la Sinagoga del Viejo Cairo, estos últimos depositados en su mayor parte en la biblioteca de la Universidad de Cambridge:<sup>12</sup> 137.000 fragmentos, no todos de libros bíblicos, 40.000 en el Jewish Theological Seminary de New York, para dar una idea de la magnitud del descubrimiento. Pero con todo es, ni aquí ni en Qumran, se ha podido llegar a reconstruir una Biblia completa, que además, en este último lugar, hubiera sido del todo anacrónica: como es sabido, el canon de la Biblia hebrea –tanak– fue recién fijado hacia el final del primer siglo, en la asamblea rabínica de Yamnia –hoy Yabneh, en la zona de Jaffa–. Qumran nos ha brindado, eso sí, copias de libros –casi– enteros, como 1QIsa, el gran manuscrito de Isaías, fruto del primer fortuito hallazgo, y otro fragmentario manuscrito del mismo profeta.<sup>13</sup> Y no serían los únicos, siendo el Salterio –34 manuscritos– y algún libro del Pentateuco los más favorecidos: Deuteronomio, por ejemplo, con 33 manuscritos. Los doce profetas menores aparecen ya reunidos en un único libro –8 manuscritos– como se los conoce en la versión griega –Dodekaprofe-ton–. "Manuscritos" aquí significa "rollos";<sup>14</sup> es decir, escritos en hojas de cuero –o eventualmente de papiro– cosidas unas a otras, que se envuelve o desenvuelve, con la escritura –generalmente– en un solo lado. El códice, en la forma nuestra usual de libro, es una invención cristiana, en la opinión de todos, cualquiera haya sido el motivo original de esta preferencia.<sup>15</sup> El judaísmo permanece fiel al rollo, hasta el día de hoy para los libros del "tanak", con alguna excepción notable, como el códice de Aleppo, hoy en Israel, y otros.

11. "Discoveries in the Judean Desert", vol. I-XXXVIII, Oxford, Oxford University Press, 1953ss.

12. En el catálogo de la exposición de Washington, citado más arriba, se puede leer una breve referencia a este descubrimiento, 104, con anexa una foto de los fragmentos apilados en un ambiente de la biblioteca de la Universidad, con el especialista Salomon Shechter en medio de ellos, 104s, 246s. El n. 2 de la exposición es un fragmento del Génesis en escritura cuadrada, siglo seis o siete, con bibliografía.

13. También exhibido en la exposición varias veces mencionada: n. 3, 247-48 firmado por AR –ADOLFO ROITMAN– con bibliografía.

14. Es la palabra latina –nuestra– "volumen" de "volvere": enrollar o desenrollar,

15. Para citar un autor, entre muchos: STEPHEN EMMEL, "The Christian Book in Egypt" en *The Bible as Book. The Manuscript Tradition*, The British Library and Oak Knoll Press, 1998, 35-43.

La Biblia griega nos ha sido conservada, en la versión de los –llamados– Setenta, también en fragmentos de libros separados, o en alguna colección parcial, exactamente como los originales hebreos. Así el Génesis, Números y Deuteronomio de la colección Chester Beatty –Chester Beatty IV y VI–<sup>16</sup> y en la misma colección: Isaías –Chester Beatty VII, con glosas en copto– fragmentos de Jeremías –ib. VIII– y del Eclesiástico –ib. XI–. Todos códices y de principios de nuestra era.<sup>17</sup> La colección Freer dispone, en cambio, de un Dodekaprofe-ton con 34 hojas más fragmentos, pero ya constituido en unidad: de nuestro siglo tercero<sup>18</sup> y de otro códice con los Salmos –107 hojas y fragmentos– ya del siglo quinto.<sup>19</sup> Y no quisiera pasar por alto el papiro Bodmer VIII, originalmente en la colección Bodmer, pero ya hace tiempo en la Biblioteca Apostólica Vaticana, con las dos cartas de Pedro y la carta de Judas.<sup>20</sup> Pero de nuevo, ninguna Biblia completa, ni con el Antiguo Testamento –griego–, y menos todavía, con ambos. Esta aparece recién el siglo cuarto, poco antes de la mitad del siglo. Y son los grandes códices unciales, el Vaticano –Vat. Gr. 1209; B para los biblistas–, el Sinaítico –Londres. British Library, Add. 43725 más fragmentos en Leipzig, en San Petersburgo y en el monasterio de Santa Catalina en el Sinaí; Aleph o S para los biblistas–. Y el Alejandrino o A –también en la British Library–. Sobre ellos volveré en seguida.

Pero primero conviene reflexionar brevemente, a la luz de estos grandes códices y de las condiciones de su realización, sobre la ausencia de ese tipo de Biblias, hasta ese momento. Sin duda, las comunidades cristianas y sus jefes disponían de colecciones de libros bíblicos del uno y del otro Testamento. Disponer de la Sagrada Escritura pertenece obviamente a la identidad misma de la Iglesia. Y de hecho, la persecución de Diocleciano, más inteligente y mejor organizada que otras, miraba ante todo

16. Siempre publicados con los correspondientes facsímiles por Frederick G. Kenyon en 1935.

17. De Números y Deuteronomio se pudo ver el códice en la exposición de Washington, n. 17, 259-60 a firma de CH –Charles Horton–, con fecha propuesta: c. 150 d. C. Otro códice –MS. F1906.272– con Deuteronomio y Josué de la Freer Collection en el n. 27, 267-8 a firma de Harry Y. Gamble, 102 folios bien conservados, pero estaríamos ya en el siglo cuarto o quinto. ¿Parte de un Octatetuco?

18. N. 10 de la exposición de Washington, 253-4 firmado por MC –MALCOLM CHOAT–. La indicación es: F1916.768. MS V.

19. N. 19 en el catálogo de la exposición de Washington, 260-1 a firma de HENRY Y. GAMBLE. MS. II con la indicación F1906.273

20. Estupendo facsímil de las cartas petrinas, también sobre papiro, obra de Testimonio Compañía Editorial, Madrid 2000, con volumen de acompañamiento firmado por los cardenales Ratzinger y Martini y un prólogo de quien escribe.

a la posesión de los libros bíblicos como causa de condena y de muerte, junto a la destrucción de los libros.<sup>21</sup> Y en efecto, la policía de Diocleciano notaba, en sus informes, la cantidad y calidad de los libros bíblicos que las personas poseían, como elemento de necesaria incriminación: “*Felix flamen perpetuus curator Paulo episcopo dixit: proferte scripturas legis... posteaquam in bibliothecis inventa sunt ibi inania... Catullinus protulit codicem unum pernimum majorem... etc.*”. El “*codex unus pernimum major*” no es necesariamente una biblia completa, pero muestra de cualquier manera que había códices que llamaban la atención de los esbirros por sus dimensiones. De todo esto, en la medida de la eficacia de las investigaciones policiales –y de las denuncias, y eventualmente de la debilidad de los responsables– la comunidad fue privada de sus textos bíblicos en muchas partes del imperio. A esta circunstancia negativa, la carencia de libros sacros, que dura hasta el fin del primer decenio del siglo cuarto, y probablemente algo más en Oriente, su suma una circunstancia positiva: la Iglesia se reorganiza, se considera libre, adquiere o readquiere sus propiedades y goza del favor imperial con Constantino Augusto. La coyuntura parece inmejorable, no sólo para reparar la pérdida de los códices destruidos, sino para comenzar a pensar en una nueva serie de códices, que respondieran a la utilidad litúrgica, al estudio y a la reflexión privada, al ofrecer la disponibilidad en un solo, o eventualmente en dos o tres o cuatro volúmenes, de la Biblia entera, Antiguo y Nuevo Testamento, ambos de igual autoridad y uso en la Iglesia.<sup>22</sup> A lo cual se suma, cabe decir, la conciencia de que la Iglesia y su culto requieren un cierto esplendor en los recursos de los que se sirve: edificios, decoraciones, ornamentos, vasos sagrados y por qué no, también libros. Libros de verdadera envergadura, compuestos sobre un pergamino fino, con exquisita caligrafía y sin ninguna preocupación por la extensión del contenido. Por ahora, es verdad, sin especial decorado y sin imágenes. Pero éstas vendrán muy poco después.<sup>23</sup> Detrás está, además, la autoridad imperial.

21. Los testimonios son muchos. Interessa notar aquí el texto de Optato di Mileve, citado por MASSIMILIANO BASSETTI en “Le Bibbie Imperiali d’età carolingia e ottoniana” en “Forme e Modelli della Tradizione manoscritta della Bibbia” cit. 169-265, 183, nota 27. Lo comento brevemente seguidamente en el texto.

22. Inútil insistir aquí sobre este punto, adquirido para la gran Iglesia, desde siempre; y en particular desde la reacción antimarcionita del siglo tercero: Tertuliano, Ireneo, etc. Justino Mártir es testigo de que, en la liturgia eucarística, se leían ya entonces los textos de los apóstoles y de los profetas; cf. *Apologia Prima* 67,3.

23. El magnífico Génesis de Viena es del siglo sexto –en griego–, los fragmentos de los Libros de los Reyes de recuperados en Quedlinburg –parte de una encuadernación–, hoy en Berlín, son del siglo quinto, primera mitad.

Por esto, y en este contexto, es difícil no tener presente la carta de Constantino a Eusebio de Cesarea,<sup>24</sup> en la cual encomienda al obispo de la ciudad, y por consiguiente, responsable de la famosa biblioteca allí creada ya en el siglo tercero y sede de las Hexaplas de Orígenes, de preparar cincuenta ejemplares de las “Escrituras divinas”, destinadas a las iglesias que hacía construir en su nueva capital, “la ciudad que lleva mi nombre”, Constantinopla –hoy Estambul–. Y el emperador se ocupa también de recomendar que el pergamino sea “bien preparado” y que “los copistas sean de los más hábiles en el arte de escribir con exactitud y elegancia”. A la luz de todo esto, se ha pensado, y se vuelve a pensar que, los dos grandes códices unciales, Vaticano y Sinaítico, sean precisamente dos de los cincuenta encomendados por Constantino a Eusebio. Varios aspectos convergen: la calidad del pergamino, la perfección de la escritura, y, en general, el carácter “imperial” de las dos Biblias. A lo cual cabe todavía añadir que no se ve claro en qué otro centro de producción libraria, fuera de Cesarea de Palestina, se podría disponer de los recursos necesarios para hacer frente a semejante encargo. Recursos de personal y de tecnología, pero también bibliográficos: ¿dónde encontrar reunidos los códices requeridos para la operación de copia?<sup>25</sup> Se objeta<sup>26</sup> que Vaticano y Sinaítico son cualquier cosa menos “easy portable”, una de las condiciones que Constantino en su carta requiere de los códices. Y otros todavía, en un plano más técnico, se apoyan en el tipo de texto, que sería más bien egipcio, y que por consiguiente, por lo menos para el Vaticano, el ambiente de producción sería Alejandría.<sup>27</sup> La cuestión queda abierta,

24. Transmitida por el mismo Eusebio en *Vita Constantini*, PG 20, 1185; texto reproducido oportunamente por THEODORE S. SKEAT en su artículo “The Codex Sinaiticus The Codex Vaticanus and Constantine”, 604s. con comentario –versión inglesa parcial en “In the Beginning”, artículo de Harry Y. Gamble “Bible and Book”, catálogo de la exposición de Washington, 32-33–.

25. Es la tesis de THEODORE C. SKEAT, defendida nuevamente en su artículo recién citado –nota. 24– 589-609, y –diría– de manera convincente, a pesar de sus temas polémicos. En el Coloquio de Ginebra –21 junio 2001 sobre el Codex B, en vías de publicación –cf. Nota 27–, Barbara Aland declaró haber aceptado sus conclusiones.

26. H. Y. GAMBLE, en el artículo citado.

27. Sobre esta cuestión, extremadamente complicada y además de solución diferenciada según los libros y eventualmente, las partes de libros, se puede ver el volumen de “Prolegomena” de la edición facsímil del código B “Biblioteca Apostolica Vaticana-Istituto Poligrafico dello Statu”, Città del Vaticano-Roma 2000, obra de PAUL. CANART, PIERRE-MAURICE BOGAERT OSB, STEPHEN PISANU SJ. Este último autor afirma, por ejemplo, en 40: “It is the most commonly accepted opinion that B is Egyptian in origin, and was most likely produced in Alexandria itself. As a center of learning, with a long tradition of critical scholarship, Alexandria was well-situated to provide scribes with the tools necessary to produce a scholarly and reliable text”. Hoy, la afirmación me parece

aunque las preferencias van cada vez más a Cesarea, y probablemente, por lo menos para algunos, no será nunca resuelta de manera satisfactoria. Dejémosla así y presentemos a continuación rápidamente cada uno de estos códices, junto con aquel que sigue de cerca, el Códice Alejandrino o A y –en la medida de lo posible– el que se les parece, el Codex Ephremi Rescriptus o C.

### 1.1. El Códice Vaticano (Vat Gr. 1209, B)<sup>28</sup>

El manuscrito, verdadero tesoro de la Biblioteca Vaticana, donde se lo encuentra ya por lo menos desde 1475 según el catálogo de la biblioteca de Sixto IV,<sup>29</sup> comprende actualmente 759 folios, que corresponden a 1518 páginas en un solo volumen, conservadas ahora separadas en hojas de plexiglas, por razones de seguridad. Abarcaba originalmente todo el Antiguo Testamento, como lo conocemos hoy en la Iglesia católica, con la excepción de 1 y 2 Macabeos.<sup>30</sup> Los primeros folios, hasta Gén 46,28 y un cuaderno en Salmos, de Sal 125,26b a 137,6b faltan, consecuencia ciertamente del uso secular. Los folios han sido sustituidos por otra copia, en minúscula bizantina, según se dice en seguida. En cuanto al Nuevo, el código concluye hoy con Hebr. 9, 14, igualmente accidente de la transmisión, reparado por un copista –se dice– del siglo quince, quien ha sustituido también la copia original del Apocalipsis. Y aquí conviene notar que, ni para el Antiguo, ni para el Nuevo, el orden de los libros es el de nuestras Biblias usuales. En el primero, aparte la omisión de 1 y 2 Macabeos, el Octateuco –Gén-Rut–<sup>31</sup> como siempre abre la serie; luego si-

menos segura. Acerca de todo esto, convendrá esperar la publicación ya inminente, aunque lamentablemente muy retrasada, en un próximo volumen de “Studi e Testi” de la Biblioteca Apostolica Vaticana, del Coloquio de la Universidad de Ginebra sobre el Codex B, que data de junio 2001, del cual he participado.

28. En todo lo que viene a continuación, tengo presente la edición facsímil del Códice B citada en la nota 25: *Bibliothecae Apostolicae Vaticanae Codex Vaticanus Graecus 1209. Bibliorum Sacrorum Graecorum Codex Vaticanus. Biblioteca Apostolica Vaticana- Istituto Poligrafico dello Stato e Zecca dello Stato 2000.*

29. Estudiada por ANTONIO MANFREDI a partir del Vat.lat. 3967; cf. su artículo “Manoscritti biblici nelle Biblioteche umanistiche” en *Forme e Modelli della Tradizione Manoscritta della Bibbia*, 459-501, esp. 476ss.

30. Acerca de esta omisión no tengo por el momento ninguna explicación que ofrecer, ni la encuentro en los autores que consulto, aunque se puede pensar en la vacilación que se observa en la presencia en nuestros manuscritos entre 1 y 4 Mac. y 1 y 2 –que será la solución final–.

31. Conviene recordar que, en la Biblia griega, 1 y 2 Samuel, aparecen como 1 2 Reyes. Hay entonces en esas Biblias cuatro libros de los Reyes –más exactamente, en griego: Libros de los Reinos–.

guen los Paralipómenos 1 y 2 –hoy, con el nombre latino de Crónicas y Esdras–, –siempre como en las Biblias griegas: 1 y 2–; es decir, la serie de libros históricos, para continuar con los Salmos, los Sapienciales: Proverbios, Eclesiastés y el Cántico o Cantar de los Cantares, después Job y los Sapienciales de origen griego –la primera serie es de origen hebreo–: Sabiduría, Sirácide o Eclesiástico, siguen Ester, Judit y Tobías, fuera entonces de la serie de históricos; finalmente los Profetas, con los Doce –menores; el Dodekaprofe-ton ya mencionado– en primer término, los demás en el orden nuestro, con Lamentaciones, Baruch y la carta atribuida al profeta, asociados a Jeremías, mientras Daniel, que cierra la serie, es introducido por el episodio de Susana y los ancianos –quizás porque allí Daniel todavía es un joven o un adolescente, cf. en la numeración de nuestra Biblia 13, 45– y concluido por el otro episodio del ídolo de Bel y el dragón.<sup>32</sup> El Nuevo presenta, después del Tetraevangelion, que es inmovible –pero que no está siempre en el orden que conocemos: Mt, Mc, Lc y Jn– luego siguen los Hechos, y a continuación las Cartas llamadas a menudo “católicas” –es decir, no dirigidas a una Iglesia en particular–: Santiago, 1 y 2 de Pedro, 1, 2 y 3 de Juan, Judas; después las Cartas Paulinas: Rom, 1 y 2 Cor, Gál, Ef, Fil, Col, 1 y 2 Tes, y Hebr. Incompleto,<sup>33</sup> como se ha dicho. Faltan –en el manuscrito original– las Cartas llamadas Pastorales: 1 y 2 Tim, Tit y Flm, más el Apoc. Es difícil decir si estaban en él desde el principio. El copista tardío parece no haber dudado del Apocalipsis, puesto que lo ha añadido. Pero no quiso o no pudo introducir las Cartas Pastorales, quizás para no alterar el tenor del manuscrito.

Éste fue copiado, se dice, a lo sumo por dos copistas, con escritura continua; es decir, sin puntuación, ni distinción de frases y párrafos –por ahorro de espacio– sino eventualmente por un breve espacio entre párrafos. Las decoraciones actuales, al principio de cada libro, para subrayar la letra inicial, y a veces al fin, no son de ningún valor artístico, y ciertamente posteriores a la copia primera. Lo mismo que los signos que normalmente –pero después– acompañan la escritura griega: espíritus y acentos

32. La disposición de los libros, en ninguna de las dos partes de la Biblia, es del todo indiferente. Sin entrar ahora en este tema, noto que, según los especialistas, el orden del Antiguo Testamento en B, refleja, sin reproducirlo exactamente, el enunciado en la carta –llamada festal– de Atanasio de Alejandría, fechada el año 367, sobre la cual será preciso volver. Aquí faltan también los Macabeos.

33. Hebreos, según la numeración de las secciones en el margen, que viene del manuscrito modelo para la copia, debía haber estado después Gál y antes de Ef. y no donde está ahora. Los números que faltan en este lugar, son exactamente los que Hebr. lleva al margen.

y los signos que actualmente indican las divisiones de los libros, sin que se haya seguido un sistema coherente y común para toda la Biblia. Y quien, o quienes, hicieron esta labor, parecen haber repasado la grafía original, para entonces ya menos neta, quizás a la vez corrigiendo los errores que encontraba/n. Y alguien, o algunos, han añadido glosas y comentarios.<sup>34</sup> Dos o tres páginas –1206-7 y 1239 en la numeración posterior en cifras arábigas– cuando comienza el libro de Daniel y casi al principio de Mateo, presentan, sobre todo las dos primeras, un verdadero escrito que cubre los márgenes por entero y que sería fascinante descifrar, si nadie lo ha hecho todavía. Atendido todo esto, quien hojea hoy el códice B no puede dejar de admirarse y apreciar vivamente el trabajo que se pudo hacer, antes de la mitad del siglo cuarto, sin más recurso que las propias manos, a lo largo de las 1600 páginas del libro original, sobre cuadernos de pergamino –quiniones, según los especialistas–, cada hoja de los cuales debía medir entonces más de los 270 cms. de alto y ancho –o sea, un perfecto cuadrado–, que hoy miden, después ciertamente de los cortes que han sufrido para las varias encuadernaciones.<sup>35</sup> Y esto con una escritura increíblemente regular, la escritura llamada uncial, o como se la llama más bien ahora “mayúscula bíblica”,<sup>36</sup> en tres columnas perfectamente alineadas, o en dos para los libros poéticos, gracias a un trazado previo, igualmente regular. Si se hace un cálculo de los animales sacrificados para obtener los cueros necesarios, materia prima del pergamino<sup>37</sup> –con horror de los animalistas– qué decir de las horas de trabajo que los dos copistas

34. En 714, al principio de Proverbios, en la media columna restante concluidos los Salmos, alguien, con escritura posterior, ha añadido una especie de vocabulario, con la explicación de los términos más típicos de este libro, a comenzar por “Paroimíai” = Proverbios, tres u cuatro líneas que concluyen con “pathôn epanorthósín” –enderezar las pasiones–. La definición de “sofía” merece ser transcrita. “epístème theíon kai anthropínon pragmatón” –cf. THOMAS S. PATTE, “The Bible as Book”, 66–.

35. La última, parece, del siglo quince, se conserva en un reparto especial de la Biblioteca Apostólica, donde se conservan las encuadernaciones antiguas. El códice, se dijo más arriba, está hoy desarmado y cada hoja protegida por una cubierta de prexiglas, en la llamada “reserva” del depósito de manuscritos, con humedad y temperatura controladas.

36. Consecuencia de los estudios paleográficos de G. CAVALLIO “Ricerche sulla Maiuscola Biblica”, Studi e Testi di Papirologia 2, Firenze, 1967.

37. Se lo ha hecho, por ejemplo, para el Códice Aleph o Sinaítico, en su extensión actual de 730 folios –como diré en lo que sigue–: 365 ovejas. Y MICHELLE P. BROWN lo ha hecho para el Evangelario de Lindisfarne, del cual ha publicado la edición facsímil con el volumen anexo. *The Lindisfarne Gospels*, Luzern, Faksimile Verlag, 2003. *Society, Spirituality and the Scribe*, London and Toronto, 2003.

anónimos<sup>38</sup> han debido consumir, bien lejos de nuestras condiciones actuales de trabajo. Y esto sólo por amor de la Palabra de Dios, y –si se quiere– también para atender al pedido del emperador, o del obispo Eusebio. A través de los siglos, y bien conscientes nosotros, si bien por ventura tardíamente, del enorme beneficio que nos han hecho con esta copia de la Biblia completa, no podemos menos de agradecerles y agradecer al Señor que de esta manera servían. Comprendamos entonces mejor por qué semejante obra no se pudo hacer desde el principio, ni siquiera cuando Jerónimo hacía su traducción en Belén, y que, después de este códice, y de los dos o tres que siguen, no hay, que sepamos, más Biblias completas hasta Casiodoro y su *Vivarium*, a caballo entre el siglo quinto y el sexto. Y eran ya los monjes que se ocupaban.

### 1.2. *El Códice Sináítico: Aleph o S*

Se lo encuentra al presente dividido en varias partes. La porción mayor –346 folios– en Londres: British Library Add. 43725, algunos (43) folios en Leipzig: Bibl.Gr. 1, fragmentos en San Petersburgo: Bibl. Nat. Rusa Gr 2+239+843+0156 y algunas hojas todavía recientemente redescubiertas en su sede original: el Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí: MG1. Esta sola enumeración puede dar ya una idea de la historia aventurosa de este precioso manuscrito. Conviene describirla en sus principales etapas, porque sirve para ilustrar, por desgracia, la suerte de muchos manuscritos, distribuidos hoy en veinte lugares, víctima no siempre de las circunstancias fortuitas de su descubrimiento, sino más bien de la codicia o rapacidad de los comerciantes cuando no de los responsables de colecciones y museos. La historia moderna del códice comienza con el sabio alemán, que trabajaba para la Universidad de Leipzig y a la vez para el Imperio Ruso, Constantin von Tischendorf (1815-1874).<sup>39</sup> Nadie puede

38. Estos copistas no nos han legado sus nombres. Contrariamente a lo que se cree, muchos otros nos los han legado. Posteriores, es verdad. Y no sólo sus nombres, sino a veces hasta sus retratos. El más famoso debe ser Eadwine, copista del Salterio de Canterbury –hoy en el Trinity College de Cambridge MS R. 17.1– que lleva su nombre –cf. C. R. DODWELL, “The Pictorial Arts of the West 800-1200”, Yale University Press, Pelikan History of Art, 1993, 355-7, fig. 359–. Yo he ido haciendo, al azar de mis lecturas, una lista de copistas, sobre todo latinos, con sus nombres, que no cesa de alargarse y que podría ser algún día publicada. Dodwell, o. c. tiene ya una: 444-5.

39. Para reconstruir el relato que sigue me inspiro de diversas fuentes, no teniendo desgraciadamente acceso al relato del mismo Tischendorf –Notitia editionis Codicis Bibliorum Sinaitici auspicio Imperatoris Alexandri II susceptae...editit... Constantinus Tischendorf ecc. Leipzig Winter 1860–; y luego “When were our Gospels written? An argument by Const. Tischendorf With a

negar los méritos de Tischendorf, a quien se debe en buena parte el conocimiento en Occidente de varios manuscritos de la Biblia griega –y eventualmente de otros– y su estudio científico, en su época apenas comenzado. Tischendorf había visitado más de una vez el Monasterio ortodoxo griego de Santa Catalina en el Sinaí, precisamente porque sabía que allí se conservaba una notable colección de antiguos manuscritos de vario tipo. Se cuenta que, en una de esas visitas, en 1843, encontró, o en un anaquel polvoriento de una biblioteca o en una canasta de desechos, algunas hojas de un pergamino escritos con escritura uncial –o “mayúscula bíblica”, como hoy se dice– que le llamaron la atención. Y en esas hojas, reconoció textos de la Biblia griega: Paralipómenos, Jeremías, Nehemías –o más bien Esdras B– y algún otro. Según él, le fue concedido llevarlos consigo. Los incorporó a su Universidad –Leipzig– y los publicó con el nombre de su rey –Federico Augusto II de Sajonia– “Codex Friderico-Augustanus”. Pero estaba bien convencido de que esto no era más que un primer principio. Vuelto al Sinaí, en 1853, ahora con la intención explícita de continuar y completar su descubrimiento, sólo logró reconocer y apropiarse de algunos fragmentos del Génesis, siempre del mismo manuscrito, publicados igualmente a su vuelta. Siempre insatisfecho, vuelto por tercera –o cuarta vez– al Monasterio, pero esta vez hábilmente provisto de un documento –un salvoconducto– del Zar de Rusia, entonces Alejandro II, protector de la Iglesia ortodoxa y/o del mismo Monasterio. Tampoco consiguió nada, hasta –según su relato– la noche antes de partir, cuando quien lo acompañaba le indicó, en un receso de una cornisa, entre otros desechos –vasos rotos y restos de trapos–, una gran colección

Narrative of the Discovery of the Sinaitic Manuscript”: New York, American Tract Society 1866, ambos textos referidos por Massimiliano Bassetti en su artículo ya citado p.184, nota 20. Cf. por ejemplo C. W. GREGORY, *Canon and Text of the New Testament*, Edinburgh T. & T. Clark, International Theological Library, 1907, 329-333 quien defiende polémicamente Tischendorf –“We see now how absurd it is when people say that Tischendorf took the manuscript away from the monastery by stealth”; “So far removed were the facts from the favourite description of Tischendorf’s envyers” etc.–. Como Gregory estaba bastante próximo todavía a los hechos, y al mismo Tischendorf como autor, se puede tener confianza en su relato, del cual otros se inspiran, como Bassetti en el artículo recién citado. Que la cuestión no está todavía aclarada definitivamente lo prueban los artículos citados por JAMES HAMILTON CHALESWORTH, “The new Discoveries in St. Catherine’s Monastery. A Preliminary Report on the Manuscripts”, *American Schools of Oriental Research. Monograph Series* 3 (1981) 5 nota 4 del cap. 2 –aunque aquí se debe corregir en el texto “Cairo Sept. 1839”, Tischendorf fue al Sinaí recién en 1843 la primera vez–; ver pp. 11 y 13 nota 6 y 7 del cap. 3, artículo de I HOR SEVCENKO en “Scriptorium” 18 (1964) 55-80: Tischendorf habría sido un personaje “vain, cantankerous, and, on occasion, unfair”, esto a pesar de sus méritos, que Sevcenko reconoce; y para la posición contraria, ver E. LAUCH, *Bekennntnis zur Kirche. Festgabe für Ernst Sommerlath*, Berlin 1960, 15-24 “Nichts gegen Tischendorf”.

de hojas con la misma escritura. Se le concedió examinarlos por esa noche. En su celda, a la luz de una candela, copió el texto griego de la Carta de Bernabé, hasta entonces desconocido en Occidente, parte del mismo lote descubierto, donde había reconocido también el texto del “Pastor” de Hermas, unido a los escritos del Nuevo Testamento. Ahora bien –y aquí comienzan las diversas versiones– los monjes no lo autorizaron a llevarse consigo las hojas descubiertas, no obstante el salvoconducto imperial. Se ve que habían comenzado a darse cuenta del valor del descubrimiento. Según Tischendorf, llegado al Cairo, con la intervención del cónsul ruso y de los monjes del monasterio allí de la misma comunidad, el manuscrito habría sido traído a él, y, mediante la promesa de una compensación de parte del emperador, a quien el manuscrito iba destinado, consiguió partir con su tesoro, depositado finalmente en la Biblioteca entonces imperial de San Petersburgo, hoy Biblioteca Nacional Rusa. Los monjes cuentan, hasta el día de hoy, otra historia, de la cual yo mismo, en una visita allí, he sido testigo. Según ellos, Tischendorf habría pedido prestado el manuscrito, con el compromiso de restituirlo después de estudiarlo y eventualmente publicarlo y habría firmado un documento donde todo esto consta. El documento me fue mostrado durante esa visita, sin que pudiera estudiarlo con atención. Redactado en griego parecía contener ese compromiso y llevaba lo que parecía una firma. Visto fugazmente, no lo podría asegurar. Y, dicho sea de paso, otras cosas me interesaban más en esa biblioteca. Entre otras, el precioso ícono de San Pedro, que antecede la crisis iconoclasta, sin hablar de otros tesoros, literarios y artísticos, y en primer término, el lugar mismo, lleno del recuerdo de Moisés. La otra versión es que, tarde pero seguro, el Zar habría pagado a los monjes la compensación prometida, de la cual se cita también el monto: 7000 rublos –de entonces– al Monasterio de Santa Catalina y 2000 al del Cairo.

Sea lo que fuere de todo esto y publicado el código por Tischendorf en cuatro volúmenes en 1862,<sup>40</sup> –y esto se añade a sus méritos– las aventuras del código no habían concluido todavía. Hecha la revolución soviética en 1917, sigue la guerra civil y luego, con las reformas agrícolas de Stalin, arruinada la economía del país con la consecuencia de la carencia de todo y el hambre, los gobernantes resuelven liquidar todo lo que se pudiera de los tesoros acumulados por el régimen anterior en bibliotecas,

40. *Bibliorum Codex Sinaiticus Petropolitanus I-IV* San Petersburgo 1862.

museos y palacios. Alguien se acuerda en Londres del Códice Aleph –entonces Sinaítico–, y se propone la compra, a nombre de la British Library, con una colecta de fondos. La compra se concluye en 1933. Los Soviets no tendrían ciertamente ningún interés en conservar unas hojas de viejo pergamino, pero, puesto que los “capitalistas” de Occidente se interesaban, había que hacerlos pagar. Y aquí las sumas que se dice fueron pagadas, divergen: para unos fueron 10.000 Libras esterlinas –de entonces– para otros 100.000. El código está en la British perpetuamente expuesto bajo vidrio, a hacer compañía a otros famosos manuscritos, el Códice Alexandrino, en primer lugar, el Códice A. Los fragmentos que quedaron en San Petersburgo serían los que se habían añadido en 1867, encontrados incorporados a la encuadernación de otro volumen por un monje, el archimandrita Porfirius, quien, con buena voluntad, los habría hecho viajar a donde se encontraba el resto del código: fragmentos de Génesis y de Números.<sup>41</sup> Todavía, sin embargo, no hemos llegado al fin. Hace unos años, exactamente en 1977, los especialistas fueron informados que, al reparar un muro en el Monasterio de Santa Catalina, los obreros habían abierto una brecha que revelaba la existencia de un local desconocido, donde aparecían cajas llenas de viejos escritos. Examinados de cerca, la serie de escritos, hasta entonces desconocidos u olvidados, contenía entre otras muchas cosas, al menos 8 páginas más de nuestro código.<sup>42</sup>

Este código comprende, como es ahora, sólo partes del Antiguo Testamento: fragmentos de Génesis y Números, Paralipómenos 1, Esdras 2, Ester, Tobías, Judit, 1 y 4 Macabeos, no 2 que es para nosotros canónico, Isaías, Jeremías con Lamentaciones, el Dodekaopofeton completo, Salmos, Proverbios, Eclesiastes, Cantar de los Cantares, Sabiduría de Salomón, Siracida o Eclesiástico, Job. Como suele suceder, el manuscrito ha sufrido más en su primera parte. El resto está bien conservado: el Nuevo

41. Esta información se encuentra en el artículo de MASSILIANO BASSETTI en “Forme e Modelli della Tradizione manoscritta della Bibbia”, 182, nota 21. Es un hecho que la Biblioteca Nacional Rusa posee todavía algunos fragmentos del Sinaítico.

42. El relato que sigo aquí es el de JAMES H. CHARLESWORTH, “The new discoveries in St. Catherine’s Monastery. A preliminary report”, con reproducción de algunos textos encontrados, entre otros Plate I, dos medias columnas del c. 27 del Gen del Codex Sinaiticus: 27,42b-45. 28,3b-6. La exposición de Washington, varias veces mencionada, pudo presentar, por especial atención de los monjes de Santa Catalina, un bifolio de los nuevos fragmentos: Catálogo N. 26 con Núm 20, 2-13, 266-267, con texto de HARRY Y. GAMBLE y en pp. 146-147 estupenda fotografía. Una descripción de los textos descubiertos en: BO ISAKSSON –Uppsala– “The Monastery of Saint Catherine and the New Find” en “Built on Solid Rock, Studies in Honour of Professor Ebbe Egede Knudsen”. Novus forlag Oslo 1997, 128-140, esp. 134ss.

Testamento entero, con Hebreos después de 1 y 2 Tesalonicenses, y el Apocalipsis. Pero aquí comienzan las peculiaridades. La Biblia de Aleph/S no acaba con este libro. Siguen la Carta de Bernabé, identificada y copiada en una noche insomne por Tischendorf –como se ha dicho más arriba– y todavía el “Pastor” de Hermas. Estos dos libros han sido manifiestamente venerados en la antigüedad cristiana, mientras hoy, aparte el primero, algunos fragmentos del cual se leen siempre en nuestra Liturgia de las Horas<sup>43</sup> –reformada–, el segundo resulta prácticamente desconocido a los más.<sup>44</sup> Sin embargo, el llamado “Fragmento Muratoriano” lo cita junto con los libros bíblicos,<sup>45</sup> pero distinguiéndolo claramente de ellos, exactamente como ocupa un lugar, si bien al final de la serie, en el Códice Aleph. Por eso, el lugar de estos libros y de otros, venerados en la Iglesia primitiva, han sido objeto de reflexión por parte de algunos Padres, precisamente en cuanto a su relación con la Escritura sagrada. La carta festal de Atanasio del 367, ya mencionada, pone a Hermas entre los libros –también– “leídos” –*anaginoskómena* en griego–<sup>46</sup> a diferencia de los libros del Nuevo Testamento, que son –además– “*kanonizómena*” –es decir, conformes a la regla–.<sup>47</sup> Ni Aleph, entonces, ni Atanasio, ni a

43. Se leen, en realidad, varios capítulos, al menos parcialmente: 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 19, en la Semana 18 del Tiempo Ordinario. Bernabé es, por cierto, un pseudepígrafo. Las lecturas mencionadas son introducidas como obra del Pseudo-Bernabé.

44. La lista de manuscritos que nos conservan, en todo o en parte, el “Pastor” de Hermas, en su lengua original o en traducciones, da una idea de cómo se lo conocía en la antigüedad cristiana. La lista se puede ver en una edición crítica reciente del escrito, con traducción en castellano, que me parece oportuno citar: “El Pastor” Edición bilingüe preparada por JUAN JOSÉ AYÁN CALVO, “Fuentes Patristicas 6”, Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 1995; la lista de testigos del texto: 43-47. El autor dice, no sin razón, al comienzo de su Introducción, 17: “El *Pastor* de Hermas es una obra enigmática y difícil”.

45. El “fragmento Muratoriano” es un resto de un escrito en mediocre latín, conservado en la Biblioteca Ambrosiana de Milán –J101 sup., saec. VIII– en un manuscrito posterior, reconocido y publicado por el erudito italiano LUDOVICO ANTONIO MURATORI (1672-1750), estudiado sobre todo por ADOLF VON HARNACK quien lo asignaba al siglo segundo o principios del tercero (fecha hoy discutida, pero no quizás desautorizada). Contiene una lista incompleta de libros conocidos en la Iglesia, la cual prácticamente concluye –ll. 74ss– con el “Pastor”, del cual dice: “Pastorem vero in urbe Roma Hermas conscripsit sedente in cathedra urbis Romae ecclesiae Pio episcopo fratre eius et ideo legi eum quidem oportet se publicare vero in Ecclesia neque inter prophetas completo numero neque inter Apostolos in fine temporum potest”. Un escrito que se puede leer con provecho pero no adecuado para la lectura litúrgica: “neque inter prophetas...neque inter Apostolos”.

46. El texto de ATANASIO dice exactamente: “escritos compuestos por los Padres para ser leídos por los que se acercan o acceden” –*tois proserjomenois*; es decir, los catecúmenos–.

47. Hoy diríamos con la expresión griega traducida: canónicos. Hay que añadir, atendiendo a la imprecisión de los términos, y quizás al hecho que los límites precisos del canon bíblico no han sido todavía universalmente aceptados, que para Atanasio, en el mismo texto, cinco libros del Antiguo Testamento son también “*anaginoskómena*”: Sabiduría, Siracida, Ester, Judit, Tobías, adecuados a la lectura de los catecúmenos. Difieren, por consiguiente, del todo, de los escritos

su modo el “Fragmento Muratoriano” –y se puede añadir, ni Eusebio, en su lista de Hist. Ecl. 3,25, 1ss.–, tienen todavía una idea precisa de los límites estrictos de la colección de los libros sagrados. Eusebio ignora el “Pastor”, pero pone la Carta de Bernabé entre los “*nothoi*”, que se puede traducir “inauténtico, no genuino, de inseguro origen, etc.”. Llama la atención, si Eusebio es el último responsable de la copia de Aleph/S, como se tiende a pensar siempre más,<sup>48</sup> que haya admitido –o no impedido– que se introdujera en el manuscrito un libro de cuya autenticidad por lo menos dudaba. Y no es el único misterio de nuestro códice.

Los Evangelios llevan en el margen, hasta una cierta altura del Evangelio de Lucas, las referencias a los cánones eusebianos; es decir, a la lista de concordancias entre los textos de los cuatro Evangelios como también a lo que es exclusivo de cada uno, que el mismo Eusebio, con gran cuidado, había compuesto y que serán después reproducidas casi en todas partes, a veces espléndidamente decoradas, hasta la época moderna.<sup>49</sup> A cada una de las entradas de las diez columnas de los cánones, corresponde una señal –generalmente en rojo– y un número, que remite a uno de los cánones, en el margen junto al correspondiente pasaje del texto. Es un instrumento de estudio de los Evangelios, indiscutiblemente útil, y por eso sin duda conservado y transmitido en Occidente por Jerónimo, que lo encontró en los manuscritos griegos que usaba para corregir la “Vetus latina”.<sup>50</sup> Ahora bien, en Aleph curiosamente faltan las diez columnas, aunque algún corrector comenzó a poner, por su cuenta, las señales junto a los textos, dejando la obra incompleta. Pero, más llamativo todavía, el espacio para las diez columnas estaba previsto: los números de los cuadernos de pergamino, entre el último libro del Antiguo Testamento –Job, según la lista recién descrita– y el primero del Nuevo –Mateo– no se si-

no recomendables, o cuya lectura debe ser evitada, a lo menos para los catecúmenos. Atanasio escribía esta carta, conviene recordar, el año 367.

48. Cf. supra y la nota 25.

49. La edición 26 del “Novum Testament Graecum” de ALAND KURT Y BARBARA, Stuttgart, 1979, las tiene todavía, precedida por la Epístola ad Carpianum, 73\*-78\*.

50. Cf. su Epístola dedicatoria al Papa Dámaso, que introduce su edición de los Evangelios, corregida según el original griego: “Canones quoque, quos Eusebius cesarensis episcopus, Alexandrinum secutus Ammonium in decem numeros ordinavit sicut in Graeco habentur, expressim... Cum itaque Canones legeris, qui subjecti sunt, confusionis errore sublato, et similia omnium scies, et singula sua quaeque restituens”. –PL 29, 558-562. La edición de la Vulgata de Stuttgart –Württembergische Bibel Anstalt 1969– reproduce la epístola y los cánones en el T. II, 1515-1526.

guen como debieran: 72 y luego 74. Falta entonces un cuaderno entero,<sup>51</sup> que sería el destinado a contener los cánones. En un manuscrito, de los cincuenta de los que era responsable directamente Eusebio, según la opinión expuesta, que hubiera esta incongruencia, deja perplejo. Lo mismo no se plantea, digamos de paso, del otro códice (B), porque en éste los cánones nunca estuvieron previstos. Y hay todavía otra circunstancia, en sí positiva, pero inexplicable, si el códice estaba destinado al emperador, es decir, a ser enviado a Constantinopla. El códice estaba ciertamente todavía en Cesarea después de la mitad del siglo quinto o durante el siglo sexto. Esto se sabe, porque al final de la copia de Esdras B y al final de Ester –que se siguen en Aleph– un corrector ha añadido dos notas, en caligrafía posterior, haciendo saber que había revisado la copia que tenía delante –el Códice Aleph– a partir de un manuscrito muy antiguo –*palaióton lían*, en griego–, corregido a su vez por el mártir Pánfilo –ejecutado el 16 de febrero de 310– en el cual leía la siguiente nota: “trascrito y corregido conforme a las Hexaplas de Orígenes por Antonino –mártir también, ejecutado unos días antes de Pánfilo, el 13 de noviembre–”. Y es conmovedor leer, en una de estas notas, que este trabajo, los dos, ya condenados a muerte, lo hicieron en la cárcel: se preparaban a morir dedicados a ocuparse de la Palabra de Dios. El corrector que transcribe estas memorables palabras, sobre esas dos páginas del Códice Sinaitico –o Aleph– lo puede hacer porque el códice está en Cesarea, donde seguramente la comunidad local había conservado como una venerable reliquia, el manuscrito trabajado por los mártires de la misma comunidad dos o tres siglos antes. Y este corrector no puede haber realizado su obra más tarde del siglo sexto: Palestina es, primero, invadida por los persas –fugazmente, es verdad, entre 614 y 629– y finalmente ocupada por los árabes pocos años después, en 639. Así, Aleph nunca habría ido a Constantinopla. ¿Por qué? La hipótesis de Skeat es que la copia había resultado imperfecta, el trabajo fue interrumpido y nunca concluido. De hecho, es verdad, según los especialistas, que Aleph no carece de errores, y por eso necesitado de varias correcciones.

51. Conviene saber, para apreciar mejor cuanto se dice en el texto, que los manuscritos llevan, al principio de cada uno de los cuadernos, o sea, las partes dobladas del pergamino que utilizan, un número de orden, para poder después, concluida la copia, armar correctamente el libro. Esto es especialmente necesario cuando los copistas son más de uno, pero es siempre útil, aunque el copista sea único. En cuanto digo en el texto, sigo a TH. SKEAT, en su artículo citado, 607-608. Como carezco del facsímil completo de ALEPH, no lo puedo comprobar personalmente.

Sea como fuere, el manuscrito nos ha sido milagrosamente conservado, a pesar de todas las peripecias, por los monjes de Santa Catalina en el Sinaí, y luego, más o menos aventurosamente, por Constantin von Tischendorf, y hoy podemos admirar sus 380 folios, en la misma “mayúscula bíblica” de su códice prácticamente gemelo, o quizás en una escritura todavía más perfecta, en cuatro columnas por página –siempre menos los libros poéticos, donde el mismo tenor de los libros pide dos– todavía más amplias –36,3 por 33,2 cm.– que las del B, a 48 líneas por página; y además de apreciar la obra de estos insignes copistas –tres o cuatro, quizás– y de sus correctores,<sup>52</sup> no obstante todos sus límites y defectos, utilizarla para acercarnos cuanto más podamos, al texto original de los Setenta traductores y a los originales del Nuevo Testamento.<sup>53</sup>

### 1.3. El Códice Alexandrinus o A (BL, Royal MSS I D. V-VIII)

Este códice, el tercero de los grandes unciales más antiguos, tiene el privilegio de ser designado por la primera letra –mayúscula– del alfabeto latino, porque fue el primero a recibir su sigla, aunque es el más reciente de los tres, como se dirá en lo que sigue. Es conservado actualmente en Londres, en la British Library, expuesto en una vitrina, a la admiración de los visitantes, desde hace varios siglos. El códice, en efecto, tiene una historia como la del B, suficientemente rectilínea. Poseído por un patriarca constantinopolitano, que primero lo había sido de Alejandría, Cirilo Lucar, donde el códice habría estado antes –según reza una inscripción tardía al principio del mismo– y de donde viene su actual designación, el patriarca habría resuelto regalarlo al monarca inglés, entonces Jaime I –o sea James I– en agradecimiento por el apoyo prestado por la corona inglesa a su Iglesia, cuando era víctima de una presión por parte de los católicos –o sea, de la Santa Sede– y del rey de Francia, para someterse a la autoridad de nuestra Iglesia. Estamos en los principios del siglo 17, el año 1625. El

52. Los especialistas afirman que uno de los copistas de ALEPH/S (D) es a la vez uno de los copistas de B. Ya TISCHENDORF –según C. W. GREGORY, *Ibidem*, 336– lo afirmaba. Esto probaría la gran proximidad de origen de los dos códices. Cf. La comparación que SKEAT ofrece de los respectivos colofones en los dos manuscritos al final de su artículo citado –603, 623 plate I– que son idénticos.

53. Prescindo aquí, por obvias razones, de esta tarea. Mi intención, al escribir estas páginas, es otra, como he dicho al principio. Me limito a decir que los especialistas consideran siempre más el valor del texto de B, y a su medida también el de Aleph/S, sobre todo después del descubrimiento de los grandes papiros del siglo tercero –o quizás fines del segundo– y junto con ellos, como la vía mejor de acceso al texto original del Nuevo Testamento.

embajador inglés ante la Sublime Puerta, Sir Thomas Roe, así lo comunica a su rey,<sup>54</sup> informando que ya ha recibido del patriarca un libro antiquísimo, en griego, una Biblia completa, copiada por Santa Tecla, “protomártir de los griegos, del tiempo de San Pablo”.<sup>55</sup> Esto dice, en efecto, otra inscripción en la misma Biblia, como sin duda el patriarca, o quien por él, dice al embajador. Entretanto, el rey destinatario del libro, muere, y luego de una cierta espera, el libro es enviado por el embajador al sucesor, Carlos I, en 1627. Desde entonces, el manuscrito está en Londres, primero en la biblioteca real, encuadernado –a expensas de una encuadernación anterior– con las armas reales, luego, a partir de 1757, en su sede actual. Pronto, los eruditos ingleses comprenden el valor del manuscrito y no dejan de estudiarlo y procurar su publicación, primero parcial y finalmente completa, por obra de E. Maunde Thompson y más tarde de Kirsopp Lake. Frederic G. Kenyon tiene una edición facsímil en formato reducido, del Nuevo Testamento, con una introducción suya –British Museum 16 Oct. 1909– notable para su tiempo. El códice está ahora dividido en cuatro tomos, tres de los cuales contienen el Antiguo Testamento y el cuarto, el Nuevo. Se presume, también a partir de la expresión del embajador Roe, cuando comunica que ha recibido “un libro” del patriarca, de varios que podría obtener,<sup>56</sup> que, cuando el manuscrito llega a Inglaterra todavía era un solo volumen. Cuándo y por qué fue dividido en cuatro, no consta, aunque si, como parece, los cuatro volúmenes ostentan la encuadernación real, con las armas de Carlos I, esto demostraría que fue en esa ocasión que el volumen original fue repartido en cuatro partes. El Códice B no fue nunca más que un solo volumen, a pesar de su mole. En esto, los dos códices se parecerían. A está ahora formado por 773 folios, 630 –y no 639 como a veces se lee– para los tres volúmenes actuales del Antiguo y 143 para el Nuevo. Del Antiguo faltan solamente diez folios del contenido original: –uno con 1 Re=1Sam 12, 20-14,9; y nueve con Sal 49,20-79,10–; y para el Nuevo, los 25 que estaban al principio (Mt 1,1 a 25,6) dos con Jn 6,30 a 8,52; tres con 2Cor 4,13 a 12,6,

54. El texto de la carta es citado por PATTIE, art. cit. 69 y nota 34. El papa es entonces Urbano VIII. Y el rey de Francia, Luis XIII. Sin duda, la “presión” en cuestión requeriría un análisis histórico, aunque no es de sí, por cierto, imposible.

55. Esto es, por supuesto, historia legendaria, pero demuestra a su modo el prestigio del antiguo ejemplar de la Biblia.

56. El tenor de la carta –en la ortografía y síntesis de la época– es el siguiente –Pattie, 69– “...I may procure some bookes; but they are indeed Greek to me; one only he hath given mee, for his majesty...an autographall bible intire...”.

y uno más con el final de la dos cartas de Clemente. Y esto último nos lleva a describir el manuscrito en su conjunto: el Antiguo Testamento tiene los libros históricos hasta los dos Paralipómenos, luego el Dodekaprofe-ton y los cuatro profetas mayores, con Baruch, Lamentaciones y la carta de Jeremías, asociados al libro correspondiente, luego Ester, Tobit, Judit, Esdras 1 y 2, Macabeos 1 a 4, Salmos, las Odas –es el título griego– o Cánticos de Salomón, Job, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría de Salomón y Siracida. El Nuevo sigue el orden de otros manuscritos –como B, que, repitamos, no tiene las Pastorales–: después de Hechos se leen las Cartas “católicas” –todas ellas– y recién después las paulinas con Hebreos antes de las Cartas Pastorales y el Apocalipsis, más las dos cartas de Clemente. El orden de las dos series, como se ve, es peculiar y distinto del que ofrecen los dos códices anteriores. De ellos, cabe notar, A es hoy el más completo. Pero además, A tiene sus propias añadiduras. Algunas he enumerado en las dos listas recién transcritas: las Odas a Cánticos de Salomón, colección de himnos tomados la mayoría de los otros libros de la Biblia y aquí agrupados en vista de su uso litúrgico;<sup>57</sup> los cuatro libros de Macabeos, dos solamente de los cuales pertenecen a nuestro canon; los otros dos, de estilo diferente y sin ninguna directa relación con la historia narrada, cada una a su modo, en los dos primeros, probable razón, a pesar de su presencia en más de un manuscrito –Aleph/S tiene el cuarto, como se dijo más arriba– de que no hayan sido admitidos en el canon definitivo.<sup>58</sup> Esto en el Antiguo Testamento. En el Nuevo, bien distintas del resto, las dos Cartas de Clemente.<sup>59</sup> La primera es bien conocida:<sup>60</sup> el mensaje de la Iglesia de Roma –sin ninguna indicación de autor– a la Iglesia de Corinto, al final del primer siglo cristiano, lacerada por un cisma. La segunda es una homilía cristiana, asociada arbitrariamente a Clemente y a la primera carta, de la cual se la separa en

57. Distinguir cuidadosamente de los Salmos de Salomón, escritos de origen judío, no posteriores al final del primer siglo antes de Cristo. De su eventual presencia en A se habla enseguida.

58. La descripción de estos dos libros (3 y 4 de Macabeos) se puede ver en H. B. SWETE, *An Introduction to the Old Testament in Greek*, Cambridge at the University Press, 1914, 279-281.

59. Entre el último verso del Apoc. y el principio –dañado– de la primera carta de Clemente, hay una columna y media vacía y Clemente comienza en un nuevo folio.

60. Se la lee abundantemente en nuestra Liturgia de las Horas –reformada– ya desde la primera semana del Tiempo Ordinario. La segunda, si bien presente en algunos manuscritos, no ha sobrevivido a la antigüedad cristiana. Las Fuentes Patrísticas de Ciudad Nueva, citadas más arriba a propósito del Pastor de Hermas, comprenden una edición crítica con traducción en castellano, de la primera carta y de la homilía anónima a ella asociada: Edición bilingüe preparada por JUAN JOSÉ AYÁN CALVO, *Fuentes Patrísticas 4*, Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 1994.

esta copia de A, con un colofón de la primera pero sin título de la segunda.<sup>61</sup> Un índice tardío, antepuesto al comienzo del Antiguo Testamento, menciona otro escrito al final de todo, después por tanto de las cartas clementinas: los Salmos de Salomón. De ellos no hay huella en el códice actual; es posible que los cinco folios –se calcula– destinados a esta copia, hayan caído en algún momento. O bien, que nunca fueran copiados. Aparte estas adiciones, A tiene otras de origen patrístico, destinadas a introducir el Salterio: la carta de Atanasio a Marcelino, las llamadas “Hypotheses” de Eusebio a los Salmos, destinadas a explicarlos, y los resúmenes del contenido –*capitula*– de cada Evangelio, más las indicaciones marginales de los cánones del mismo Eusebio, y probablemente los mismos cánones, antes de las hojas de Mateo hoy perdidas. Los cánones, como hemos dicho y Jerónimo explica en su prólogo a Dámaso, citado más arriba, son considerados instrumentos para facilitar el uso y la lectura de la Sagrada Escritura. Diría que la razón por la cual se introducen otros textos, como aquí y en Aleph, es en realidad, la misma. Si no el escriba por su propia cuenta, que no gozaría de tanta autonomía, entonces el supervisor o aquel que preside a la copia, resuelve que esos textos, con idéntica finalidad, sea que los encuentre entre los manuscritos que copian, sea que los procure de otro modo, vale la pena incorporarlos a la copia. En A esto parece claro, para los textos que preceden el Salterio. En cuanto a los otros, como las Cartas de Clemente o el Pastor de Hermas en Aleph, la razón de incluirlos puede ser el prestigio de que esos escritos disfrutaban entonces, sin que se pudiera afirmar por el solo hecho de incluirlos en la copia, que sean del mismo valor que los textos bíblicos propiamente tales, de los cuales, por lo demás –como he notado más arriba– algunas de nuestras fuentes los distinguen netamente.

En el A, cada hoja escrita mide 32 por 26,3 cms –teniendo en cuenta las mutilaciones para la encuadernación– y presenta solamente dos columnas a lo largo de todo el manuscrito, con 49 a 51 líneas cada una; a diferencia de las tres del Vaticanus o B y de las cuatro del Aleph; en un orden descendente, que es posiblemente casual. La escritura es siempre la “mayúscula bíblica”, de trazo seguro y elegante y, para los ojos no habituados a las sutilezas de los paleógrafos, difícilmente distinguible de la caligrafía, por ejemplo, de B. Pero precisamente estos especialistas, como

61. Que falte parte de la primera y la conclusión de la segunda se debe aparentemente a que ambas secciones estaban escritas en dos folios contiguos –ahora dañados– parte del mismo cuaderno.

Frederick G. Kenyon,<sup>62</sup> creen poder indicar cinco copistas distintos, incluso con la distribución de lo que a cada uno correspondería. Y luego distingue una verdadera serie de correctores. Sin embargo, Kenyon mismo se siente obligado a introducir este caveat.<sup>63</sup> Sea lo que fuere de esta última observación, un examen atento de quien escribe, sobre su facsímile, reconoce que dos de las características, al menos de uno de los escribas, es indiscutible. Vale la pena repetirla aquí, a fin de expresar así el aprecio por la labor ingrata de los paleógrafos. Kenyon nota, a propósito del escriba o copista IV –como él lo designa–<sup>64</sup> que la Pi de éste alarga el trazo superior horizontal de esta letra –en griego– que así sobrepasa las dos barras verticales, mientras que en su Tau las puntas de la barra horizontal en esta letra, siempre en griego, concluyen con dos pequeños círculos rellenos. Este escriba copia Lucas y el resto del Nuevo Testamento hasta 1Cor 10,8b, donde retoma III, que había ya copiado escrito Mateo y Marcos. El cambio se advierte porque aquí se nota un sistema diferente de preparar la página con líneas de reglado –que sirven para mantener la regularidad de la escritura–. V habría copiado el Apocalipsis. Los otros dos (I y II) se reparten el Antiguo Testamento, aunque II concluiría toda la labor, escribiendo los textos clementinos al final.<sup>65</sup> Se puede todavía añadir otra característica de uno de los escribas, fácilmente notable: cuando se divide una palabra entre dos líneas, la consonante que comienza la segunda, es más grande y ligeramente proyectada sobre el margen, como si fuera un nuevo párrafo. El códice tiene, no sólo lagunas, por pocas que sean, sino también folios dañados o manchados, consecuencia de un uso secular, que hacen difícil su lectura.<sup>66</sup> En general, esto no obstante, parece bien conservado. Gracias a esto, se advierten fácilmente sus lecturas propias. Para citar solamente una, en el Nuevo Testamento, el final dicho “largo” (16,9-20) del Evangelio de Marcos se lee aquí por entero, único entre los grandes códices unciales.

¿De cuándo data A? Comencemos por una fecha relativa. Todos los autores que consulto lo consideran posterior a los otros dos recién exa-

62. En su “Introduction” a la edición facsímil reducida del Nuevo Testamento de A, 9-11.

63. “With a very few exceptions, all the corrections are of early date, and it is often very hard to discriminate between the hands...” *Ibidem*, 10.

64. *Ibidem*, 9.

65. *Ibidem*. Esta última constatación acentuaría el carácter de apéndice añadido de esos escritos, como sugería recién.

66. Cf. por ejemplo en el facsímil del Nuevo Testamento, el penúltimo folio de Apoc., y varios folios de los escritos clementinos.

minados. La razón sería doble. Por una parte, el análisis paleográfico: los especialistas consideran que el tipo de “mayúscula bíblica”, que usan los copistas –supongo que es siempre el mismo, o del mismo tipo– revelaría un estadio más avanzado que el de los otros dos códices. No estoy en situación de juzgar la absoluta validez de este argumento. Y noto que Frederick G. Kenyon, que bien conocía la materia, dice prudentemente:<sup>67</sup> “recent developments in palaeographical knowledge, though they do not justify dogmatism in dating early vellum uncials, tend to confirm than shake this view”. Otros argumentos, de carácter externo, parecen más sólidos. Se pueden citar tres. El primero es el uso del texto de Atanasio como introducción al Salterio. Sin duda, no se lo podría fechar con precisión, pero nos lleva ciertamente ya a la segunda mitad del siglo cuarto: Atanasio muere en 373. A una fecha más o menos contemporánea apuntan los textos de Eusebio, quien muere hacia mitad del mismo siglo. El segundo sería la presencia de los “capítulo” o resúmenes de los libros, que los preceden y son más bien tardíos, propios de ediciones de los libros bíblicos ya más o menos estabilizadas y que requieren un cierto tiempo para ser redactadas e introducidas en las copias. Y lo mismo se dice del sistema de divisiones de los Evangelios, indicadas en las márgenes, que serían de origen bizantino. Posterior entonces a los otros grandes códices unciales. A partir de todo esto, se puede indicar, por lo menos de manera general, una fecha absoluta: los autores hablan de la primera mitad del siglo quinto.<sup>68</sup> Difícil ser más preciso, a falta de otros elementos más decisivos. Sea como fuere, se diría que hemos entrado ya en otra época de producción de textos bíblicos. Pronto el horizonte será dominado en Oriente por el texto que se llama “bizantino”, al cual pertenecerán en adelante, la mayoría de las copias, sea en “mayúscula” o uncial, sea, y en mucho mayor número, en minúscula. Y en Occidente comenzará el reino de la Vulgata latina.

A la pregunta del cuándo corresponde inseparablemente la pregunta del dónde. Cesarea y buena parte del Oriente Medio, después de padecer la invasión persa, incluso con la toma de Jerusalén, está a punto de ser sumergida por la marea árabe. Estamos ya bien lejos de los tiempos de Constantino y además buena parte de sus sucesores favorecen el arrianismo: basta recordar el conflicto entre Atanasio y Constancio. Y en segui-

67. En la “Introduction” a su facsímile, varias veces citada, 8.

68. KENYON: “a general consensus of opinion” ib. pero escribe en 1909. Cf. PATTIE –art. cit., 70–. Cavallo –Ricerche...”, cit. 77-80– señala el tercer cuarto de ese siglo: 450-475.

da viene Juliano el Apóstata. Por otro lado, sabemos que el Códice A estuvo en Alejandría, gracias a una de las inscripciones tardías al principio del libro. Cirilo Lucar había sido allí patriarca. Y se lee en una de esas notas, transcrita por Thomas S. Pattie,<sup>69</sup> que el autor de la misma habría sido Atanasio “el humilde”. Este Atanasio es un personaje conocido y fácil de situar en el tiempo, que además amaba poner su nombre en los manuscritos, siempre con el mismo calificativo, pero presentándose a su vez como arzobispo de Alejandría.<sup>70</sup> La cuestión es si él encontró el manuscrito A en Alejandría o lo llevó allí de otra parte. Noto que algunos especialistas, por razones de crítica interna, como el tipo de texto, por lo menos en algunos de sus libros, prefieren la primera alternativa: A habría sido compuesto en Alejandría.<sup>71</sup> Otros son más escépticos, como Pattie.<sup>72</sup> No se podrá nombrar con exactitud el lugar geográfico, pero, en la línea de este estudio, se lo puede ciertamente describir, y ello con bastante precisión. Un manuscrito como A, con sus 800 folios, cinco copistas y algún corrector contemporáneo al primero<sup>73</sup> y una mente o un supervisor que decida incluir en él los textos que hemos señalado, no puede haber sido compuesto en cualquier parte. A lo cual hay que agregar todavía la disponibilidad de una provisión de pergamino fino y de los animales que lo proveen, más –en otro orden, pero necesario– los originales que se pretende copiar. La conclusión es ineluctable: un “scriptorium” como era el de Cesarea para B y Aleph/S. ¿Dónde encontrarlo en el siglo quinto? Las candidaturas no son muchas. Podemos pensar en Alejandría o en Constantinopla o en Antioquía o en la misma Jerusalén y en no muchos centros culturales más. Aquí entra, sin duda, la evidencia interna y externa, en la medida en que es conclusiva. El resto habrá que dejarlo a los historiadores. Pero es claro que semejante confluencia de exigencias definirá el lugar. Y a la par, la capacidad de producir tales ediciones completas de la Biblia, verdaderos monumentos de producción libraria, así como de dominio y familiaridad con el texto de la Sagrada Escritura, sin lo cual re-

69. Art. cit., 69-70: nota el pie de la primera página del Génesis, en árabe.

70. Uno de estos manuscritos se encuentra en la Biblioteca Apostólica Vaticana: Ottob 452. Atanasio, si es el III de ese nombre –otros dicen el II–, dataría del final del siglo 13 y principios del 14.

71. Así KENYON, en la “Introduction” (7) con bastante seguridad: “All tradition, consequently, points to the belief that the MS was written in Egypt, and had always remained there; and there is no reason to question it”. Si la “tradition” son las inscripciones al principio del texto, la verdad es que no me parece tan cierta.

72. *Ibidem*, 70: “...we have no idea where it –el MS– was originally written”.

73. Así, por ejemplo, KENYON en la “Introduction”, 8-9, y no sólo.

sulta una tarea imposible. Por eso, las Biblias completas son tan limitadas y espaciadas en el tiempo y en el espacio.

Con esto habríamos concluido, en realidad, nuestro recorrido por las primeras Biblias completas que conocemos y nos han sido conservadas, dos de las cuales –B y Aleph– pueden ser, parecería, con suficiente probabilidad, situadas en el espacio y en el tiempo, mientras la tercera (A) queda todavía en suspenso. Hay una cuarta, penosamente fragmentada, que no quisiera pasar por alto, si bien no es mucho lo que de ella se puede decir.

#### 1.4. *Codex Ephremi rescriptus* (Paris Bibl. Nat. Gr. 9; C)

Comienzo por explicar el nombre. Un códice “rescriptus” es un palimpsesto; es decir, un códice con una –o dos– escrituras anteriores, sobre la cual –o las cuales– previamente borradas, se traza otra. El hecho es frecuente, antes de la imprenta, y la razón es la preciosidad y la escasez del material, cuando se trata del pergamino. Y de este trato no estaban tampoco excluidos los manuscritos bíblicos. Todas las bibliotecas con fondos antiguos manuscritos poseen algún palimpsesto.<sup>74</sup> El *Codex Ephremi* es una copia de la Biblia entera, que fue, en un momento de su historia –se dice hacia el siglo 12–, en Oriente, borrado y utilizado para copiar la traducción griega de discursos u homilias de Efrén el Sirio –c. 306-373– diácono, poeta y predicador en su comunidad, primero en Nisibis y después en Edessa. El códice estaría ya mutilado: el monje en cuestión habría encontrado los folios sueltos y después de procurar limpiar la escritura precedente, los habría utilizado como material para su propio texto. Nada de eso es imposible en un monasterio en Oriente, ni tampoco –es preciso decir– en Occidente.<sup>75</sup> Por alguna vía llegó a Florencia, a la biblioteca de Lorenzo de Medici, cuando se hacía en esa ciudad acopio de escritos griegos. De ahí pasó a Francia, entre las propiedades de Catalina de Medici, hija de Lorenzo y mujer de Enrique II. Estudiado por el benedictino Ber-

74. La Biblioteca Apostólica Vaticana, que tiene muchos, hizo conocer así, gracias a un palimpsesto, estudiado por Mai, un texto de la República de Cicerón, que todavía faltaba. Y más recientemente se ha podido leer un texto, que se consideraba perdido, de una comedia de Menandro.

75. Tengo bien presente la –triste– experiencia de una especialista en liturgia, compañero mío en el Instituto Superior Ecueménico de Estudios Teológicos de Tantur –Israel–, quien, visitando un monasterio, a la busca de antiguos manuscritos, encontró en el baño algunas preciosas hojas allí destinadas a otro uso.

nard de Montfaucon, gran erudito del siglo 17, fragmentado como está, se descubre y en parte se salva, la escritura anterior.<sup>76</sup> Tischendorf publica lo que se pudo salvar en 1843 (AT) y 1845 (AT),<sup>77</sup> y no hay hasta ahora, según las informaciones de que dispongo, una edición crítica moderna. Una Biblia griega, como he dicho, originalmente completa, Antiguo y Testamento, de la cual, por desgracia, poco queda: 63 folios del Antiguo y 145 del Nuevo. Del primero se conservan sólo partes exiguas de los Sapienciales: los libros “salomónicos” –Proverbios, Eclesiastés, Cantar, Sabiduría y Eclesiástico o Siracida– más Job;<sup>78</sup> y del otro, en cambio, partes de cada libro de la serie canónica de los 232 o 238 del manuscrito original. Los folios conservados enteros miden de 31 a 32 cms. por 24 o 25 y están escritos en una sola columna, como A, de 40 a 46 líneas cada una. La escritura sería distinta y por consiguiente, los copistas dos, para cada uno de los Testamentos –o para las partes que de ellos se han podido salvar–. Como se trata de fragmentos, que nos llegan sin ningún orden antiguo sino el de la escritura posterior, no se puede saber cómo estaban dispuestos originalmente los libros ni si había otros escritos aparte los canónicos. Lo que queda del Nuevo Testamento, y en especial de las Cartas Paulinas, ha podido ser aprovechado para las ediciones críticas actuales. La fecha que se atribuye a este códice, por el tipo de escritura –es decir, por razones paleográficas– en cuanto se puede juzgar de lo que nos ha quedado, sería el siglo quinto,<sup>79</sup> y entonces estaría en el mismo ambiente del Códice Alejandrino o sea A. Si vuelvo ahora a mi reflexión conclusiva de la presentación de A, se podría decir casi a priori que, una creación de esta envergadura, un manuscrito de la Biblia completa, requiere un terreno adecuado, cultural, pero también necesariamente material y, en algún sentido, también político, en el verdadero sentido de la palabra.

76. El problema es la salvación de esta escritura. Los métodos que antes se usaban –aplicación de un ácido, etc.– arruinaban la superior y no necesariamente facilitaban la lectura de la primera. Menos aún, si se trataba de más de una. Recientemente se ha logrado por obra de métodos refinados, restaurar las escrituras anteriores sin arruinar las posteriores. La Toppan Printing Company de Tokyo ha podido ya demostrar la validez de sus métodos de lectura de palimpsestos en la Biblioteca Vaticana. Y hay también otros, de origen italiano, por ejemplo.

77. *Codex Ephremi Rescriptus. Fragmenta Novi Testamenti*, Leipzig 1843; id para el Antiguo, Leipzig 1845. Es, sin duda, uno de los méritos de Tischendorf, a los cuales aludía más arriba.

78. Job y Siracida son los mejor representados: 19 y 23 folios cada uno.

79. Leo, sin embargo, que el profesor Cavallo, opta –y con seguridad– por el siglo sexto. Una vez más, esto manifiesta la incertidumbre de estas conclusiones paleográficas, cuando no son ratificadas por criterios externos, si no es para llegar a determinaciones de fecha muy generales.

Aquí se acaba la primera parte de este recorrido en la historia de la Biblia completa, que, como se ve, está limitado al Oriente de lengua griega. El Occidente latino no parece haber tenido nada comparable hasta Casiodoro y sus Pandectas, que sería la segunda parte del recorrido. Y omito, a causa de mis limitaciones personales y de acceso a las fuentes, hacer un mismo recorrido en el Oriente de lengua siríaca y en Egipto de lengua copta. Y si hubiera habido aquí Biblias completas, sería interesante comprobar si el contexto que ve nacer esta producción –o producciones– corresponde a lo que parece haber hecho posible y favorecido ese mismo nacimiento en el ambiente de la lengua griega, donde, como ya notado, no se encuentran después más Biblias completas hasta mucho más tarde<sup>80</sup> y son siempre pocas.<sup>81</sup>

JORGE CARD. MEJÍA

05.02.07 / 25.02.07

80. El Vat. graec. 2106 al cual pertenece sin duda el Codex Graec. 1 de la Biblioteca de San Marcos –originalmente en la biblioteca del cardenal Bessarion– contiene actualmente sólo el Antiguo Testamento, al final del cual se encuentra, sin embargo, la carta de Eusebio a Carpiano y una copia incompleta de los cánones eusebianos. El manuscrito dataría, según A. RAHLFS, *Verzeichnis der griechischen Handschriften des Alten Testaments*, Berlin, 1914, 272s. del siglo octavo. Se puede preguntar si el manuscrito, después de los cánones, tuvo alguna vez una copia hoy perdida del Nuevo Testamento o si esa copia nunca fué realizada

81. Cf. nota 1.